



Figura 10. Daniel David, *La Cultura en México, Siempre!*, 6 de octubre de 1971.

rir, meditar la sobrevivencia de antigüedades visuales. Nunca he tenido la fortuna de ver un original de esta “Coatlicue desencadenada”, apenas su reproducción dispersa en revistas de aquel momento. Y los borrosos segundos —no le hacen justicia al mito— en el *Avándaro* de Gurrola. Habla más el silencio que las palabras. Por eso no extraña que *La encuerada* (1971) no se encuentre en ninguna colección fotográfica que conozca. Ni es de las certezas vitrinadas del museo. Existe, digamos, entre las fotografías inapelables e invisibles. Simón simonazo, a Doña Clío no le gusta el rock. Chale.

Meter a los hombres de piedra a los museos sirve mejor a la historia

Simon Schama

En años recientes Simon Schama se ha dedicado a realizar serios proyectos de divulgación histórica, como *A History of Britain*, *The Power of Art*, *The Story of the Jews*, *The Face of Britain* y *Civilisations*, por mencionar solo algunos. Esta nota apareció el 14 de junio en el *Financial Times*. Traducción de Elías Corro.

LAS ESTATUAS NO SON la historia; su opuesto, más bien. La historia es discusión, las estatuas no la toleran. Todo el honor de la historia radica en su contestataria incontenibilidad, en las actualizaciones que ponen al descubierto las mezquindades del poder, en el caso de que ellas oculten la verdad. A quienes horrorizan los actos de despedestalización de estos días —las protestas del movimiento Black Lives Matter han llevado a tirar las estatuas del comerciante de esclavos Edward Colton en Bristol y del colonialista brutal Leopoldo II en ciudades de Bélgica—, tales actos les parecen que “borran” la historia. Sin embargo, lo cierto es al revés. Es más frecuente que las estatuas, al presidir sobre el espacio público, en aras de la veneración cancelen el debate.

Muchas veces las estatuas se toman en cuenta cuando se ven amenazadas. ¿Cuántos visitantes al Dockland Museum de Londres se detuvieron ante la corpulenta estatua, derribada el martes 9 de junio, de Robert Milligan, propietario de 526 humanos, para disparar una discusión sobre la indis-

pensabilidad de la esclavitud para las fortunas mercantiles del Muelle de las Antillas? ¿Cuántos de los académicos estadounidenses que han sido parte del programa educativo Rhodes son en verdad conscientes de que el beneficio que pagó sus estudios en Oxford fue la expresión de la misión de Cecil Rhodes de revertir la independencia, de que su presencia en la universidad fue parte de su proyecto de reunir a Estados Unidos con la Gran Bretaña, sellando así la supremacía imperial de la raza blanca anglosajona?

La mayor parte de la estatuaria es contraproducente por sus compromisos con la dignidad y la adulación. Aspira a verbalizar la inmortalidad y termina por transmitir una pétrea ausencia de vida. Las excepciones son las que se sostienen en el conocimiento previo de los finales trágicos. El hechizo que emite la estatua sedente de Abraham Lincoln en Washington, de más de cinco metros de altura, depende no sólo de saber que fue asesinado, sino también del discurso de Gettysburgo grabado en las paredes del monumento. Lincoln fue puesto en un trono, pero la majestad del presidente es la de la encarnación de la soberanía del pueblo, palabra que se repite tres veces, como el tañido de una campana, en la última frase del discurso.

A pesar de sus aires de perpetuidad, la estatuaria es vulnerable a los imprevisibles cambios en la opinión pública. Hablamos de la caída de los tiranos precisamente porque el ojo de nuestra mente observa el derrocamiento de sus estatuas: el desmembramiento supletorio en la escultura de sus alter egos. Cuando en 1991 se derribó la estatua de Feliks Dzerzhinsky en Moscú fue la cúspide del optimismo sobre la redención de la libertad en Rusia. El fundador de la Checka soviética (luego KGB) contemplaba persistentemente el cuartel y la cárcel de la policía secreta desde la plaza Lubyanka. Como era de esperarse, el veterano más poderoso de la KGB, el presidente ruso Vladimir Putin, desde entonces ha hecho ruidos en torno a devolver la estatua a su sitio.

Pero las estatuas son revelaciones, no sobre las figuras históricas que representan, sino sobre la mentalidad de quienes las mandaron hacer. La estatua ecuestre de Carlos I en lo alto de Whitehall se hizo para el jardín particular del Tesorero Mayor. Al llegar la guerra civil una partida se encargó de asegurar la estatua para que con su destrucción se anticipara cualquier trastada realista. Oculta en Covent Garden, en la Restauración la vendió quien la ocultaba por una buena suma para que Carlos II la pudiera volver a plantar a un centenar de yardas de distancia del lugar en el que fuera decapitado su padre. En el otro extremo de Whitehall, Oliver Cromwell, estatua diseñada en 1899 para celebrar los trescientos años de su



nacimiento, enfrentó la oposición de los miembros irlandeses del parlamento en favor del Home Rule. Los liberales, sin el poder y dispuestos a volver a hacerse del voto evangélico, se aliaron con los partidarios de la Unión para promover la estatua. Lord Rosebery, cuyo anónimo financiamiento hizo que esto se diera, estiró la liga de la historia al presentar a Cromwell como quien instauró la tolerancia en Inglaterra. Y ahí está, impoluto, con la Biblia en una mano y en la otra la espada, ante un parlamento cuya soberanía nunca tuvo empacho en hacer a un lado.

Es de esperarse, por lo tanto, que el cambio dramático y tardío en las actitudes hacia la injusticia racial que hoy presenciamos tenga un efecto sobre a quién es tolerable conmemorar y a quién no. En Virginia, la estatua de Robert E. Lee, cuyo mito de la galantería cristiana está en el corazón de la historiografía de la “causa perdida”, fue un propietario de esclavos especialmente brutal, dado a latigear las espaldas de aquellos que intentaban fugarse. Metiendo baza en la controversia por cambiar los nombres de los establecimientos militares que llevan los de los oficiales confederados, el presidente Donald Trump ha jurado oponerse a esto, sosteniendo que ellos son parte integral de la historia de Estados Unidos del “Winning, Victory and Freedom”. Esto último habría sorprendido a los esclavizados, cuya perpetua servidumbre fue la causa verdadera del Sur.

Que desaparezcan entonces las estatuas, pero no en los canales, estanques o basureros, toda vez que los actos arbitrarios de destrucción cancelan el debate de la misma manera en que lo hace la reverencia acrítica. Mejor, sin duda, reubicarlas en los museos, en donde, debidamente expuestas, pueden disparar un debate auténtico y la educación histórica. Algo que ha traído la cesura de la pandemia es una confrontación con los grandes temas de la historia: ¿quiénes somos como nación, qué hemos sido y hacia dónde vamos? Si los Hombres de Piedra (y son hombres en abrumadora mayoría) pueden profundizar este debate, habrán cumplido mejor su cometido que en sus pedestales percutidos por las palomas.

